

## CON-TACTO de Aine Martínez

---

La vi por primera vez sentada en el banco y lo supe, contemplé el patrón de su falda de pana y supe que ahí era donde acabaría mis días, en su regazo. Cada tarde acostumbraba a acercarme por el lugar tan solo para verla a ella. No importaba el temporal, helara o lloviera se adaptaba a las circunstancias y se posaba en el banco de madera, como un pájaro hermoso y sosegado.

Siempre la acompañaba un libro o, más bien, su libro era acompañado por ella, pues de este dependía toda la posición de su cuerpo: hacia qué lado se recostaba ligeramente, cuánto estiraba los brazos o hasta qué punto inclinaba su barbilla. Me fijé en cómo paseaba sus dedos por cada página, aunque no lo hacía siguiendo las líneas, sino palpando con la yema, acariciando las letras, tapando y destapando los adjetivos y los adverbios con su huella dactilar. Envidié por mucho tiempo el papel de esos tomos que tenían el privilegio de recibir su tacto, su interés.

Sabía con certeza que ella era consciente de mi presencia, pero jamás me miró, siempre ocultando sus ojos tras unos lentes de ámbar apagado. Con el tiempo me fui acercando; al principio mantuve las distancias, pero llegó el glorioso día en que aquel banco fue de uso compartido y me atreví a situarme a su lado. Aun con todo, siguió inmutable y altiva, pues apenas arqueó una ceja al notar que ocupaba un espacio a su vera. Su indiferencia me martirizaba.

Por entonces, todavía no me atrevía a entrar en contacto, solo me limitaba a sentarme junto a su bolso. Desde ahí solía echar algún vistazo a las portadas de los libros, esos malditos que monopolizaban toda su atención y su afecto. Cómo los acariciaba... era tan delicada. Creo que la primavera suavizó su carácter o tal vez fuera la fuerza de la costumbre, que convirtió en familiar mi presencia. Llegó el día en que le acaricié la mano y ella no mostró ningún rechazó. Me devolvió una caricia. Por aquel entonces leía *El amor en los tiempos del cólera* de Gabriel García

Márquez. No sé muy bien quién era ese señor, pero desde ese instante me cayó simpático.

Recuerdo el día en que me habló, sin mirarme tan siquiera. Traía consigo una antología poética de mujeres y alguno de los versos debió de animarla a romper el silencio que veníamos tejiendo. Me dijo: “tú esta noche te vienes conmigo”. Ni siquiera respondí, y ella siguió leyendo hasta la saciedad, hasta que sus dedos quedaban abatidos, reposando en los renglones.

Aquella noche cumplió con su palabra. Al oscurecer dio por clausurada la sesión de lectura, cerró de un golpe y con una sola mano el libro que sostenía, y con la otra buscó el bastón extensible que siempre dejaba apoyado a sus pies. Al incorporarse se detuvo, simplemente esperando a que yo hiciera lo mismo, y no echó a andar sus pasos hasta que supo que los míos también iban con ella.

Al llegar a la casa sentí repentinamente la calidez del hogar, como si fuera el sitio que siempre había estado buscando sin saberlo. Me ofreció algo de agua y se sentó en un sillón frente a la chimenea. Con un gesto me invitó a acompañarla y no dudé en hacerlo. Me recosté en su regazo y ella comenzó a acariciarme el lomo, leyendo en braille las olas de mi pelaje negro mientras yo le maullaba agradecido, reposando en la suavidad de su falda de pana, como tantas noches habría de hacer hasta el fin de mis días.